



COMUNICACIONES

DISTINGUIR SIN SEPARAR.

ANALIZA, DIVIDE, LA RAZON; UNE EL YO QUE QUIERE.

Los “racionistas” han reducido la razón a sola razón. Los irracionalistas son una variante de sus enemigos. Pongamos la razón al servicio del reino del amor, en su uso práctico y testimonial

Una mente limitada no puede enfrentarse a las cosas sino **por partes**. Quiere esto decir no sólo que se nos da todo **uno intuitu** y, por eso, debemos discurrir, sino que, supuesto lo anterior, o las cogemos (captamos) por partes, o se nos escapan. No conocemos. Todo **ni por partes**; pero por partes podemos hacernos, parcial, imperfectamente, con algunos “todos”.

Debemos, pues, analizar, dividir, distinguir. Y una distinción válida, en la formación de una idea del hombre, es aquella en virtud de la cual señalamos como razón a la capacidad humana de analizar, dividir, distinguir. Mediante una metadistinción la razón se distingue a sí misma, o “el yo” la **distingue**, del resto justo en cuanto capacidad de **distinguir** cosas, elementos, aspectos; y esto... para **manejarnos y dominarlos**.

Esta capacidad ha seducido con su **poder** a algunos de sus usuarios, los ha deslumbrado con sus luces, hasta cegarlos: Han caído en la fosa de graves errores: el error de “ver” en esta razón de la medida, el cálculo y la dominación, la única vía de contacto con la realidad y el de, por lo mismo, considerar que no cabe otro modo o tipo de contacto con lo real que el posibilitado por esa **poderosa “potencia”**. Y hasta el error llegaron de poner en **esa razón a todo el hombre**. Arrodados por la excelencia de los resultados obtenidos con este **instrumento** han concluido que **eso** es el hombre. Lo demás, lastre despreciable. ¿El hombre? ¡Un ego

cogitans! Esto, dicho en términos pascalianos, ha sido una pretensión de “angelización” que ha desembocado en efectiva “bestialización”. La **pura razón** ha resultado la gran homicida.

El hombre es **también** “ratio”, justo en ese sentido reductivo en el que, por la metafísica necesidad analítica de la limitada mente humana, necesitamos **también** ese instrumento para enfrentarnos a las cosas, al mundo, como condición de **super-vivencia**: instrumento de legítima defensa, de dominio: **divide = analiza y vencerás ... cosas y ... hombres**. Pero ni el hombre es sólo “ratio” ni la “ratio” el único modo de contacto conmigo mismo, ni con el más-allá-de mí-mismo, ese para algunos “racionistas” enojoso, hostil y hasta infernal “no-yo”, sobre todo cuando tiene la forma de “tú”.

Esa razón matematizante, científica, ha sido el maravilloso instrumento del progreso **material**, de la progresiva mejora de las condiciones **materiales** de vida de una, por eso, poderosa **minoría** de individuos pertenecientes a la especie zoológica denominada **homo sapiens**, o mejor, **homo faber seu techonologicus**. Pero con sólo esa razón no rebasamos el plano zoológico. Si la mente humana se sabe **también razón**, los “racionistas” han cometido el error de reducirla a sólo razón.

De lo que no es razón, han dicho que es “irracional” y han cargado este término con el insuperable sentido negativo de lo no-humano, desecharle, negro, ciego, obstaculizante, vergonzoso, amputable. No sólo han distinguido. Han segregado y tirado a las tinieblas de la basura ni siquiera “recicitable”, todo lo que espuma, como mar tenebroso, amenazadoramente, en derredor de esa pura, limpia, aséptica, neutral, razón.

Pero resulta que la **pura razón** es —venia verbo— un constructor hipostasiado, es decir, una ficción. Legítimo es distinguir esa capacidad especial y llamarla razón; ilegítimo, desde la propia pretensión “racionalista” de rigor, separarla... El petulante desdén del racionista para lo no-racional no puede, claro está, hacer desaparecer la abrumadora realidad de cuanto por abajo la sostiene y la penetra, el magma impresionante de la vida, ni de lo que por encima lo desazona con la inacabable llamada a un más arriba: delirante “ilusión” de trascendencia, dirá el “ilustrado”. Entre esos **abajo y arriba**, masa de un yo que quiere vivir perpetuamente, es un islote esa razón a la que se ha querido circunscribir toda la realidad propiamente **humana**.

Eso —no lo llamo “racionalismo” sino **racionismo**—, no es, en realidad, sino expresión de una **ceguera axiológica** que da en el ridículo enfatamiento de quienes, seducidos por las maravillas de ese instrumento científico-tecnológico, han hecho de él Diosa Razón y, oficiantes supremos del culto a la “Razón-Ciencia, la han invocado como última, suprema “ratio” (=justificación) para do-

minar no ya las cosas, sino los hombres, enseñorearse de los **ignorantes**, ejercer el poder.

El punto de **esa razón diosa** no ha sido ciertamente un ridículo ratón, sino una ingente montaña hecha de útiles artilugios y de ... mucha muerte (guerras, cámaras de gas, eutanasias, de las más variadas formas...). Todo esto encuentra su posibilidad y justificación en la razón del bienestar y la comodidad creciente (alias “comfort”) de los privilegiados y progresistas **racionistas que**, ya se ha visto, **no han podido** (**¿no han sabido?**, **¿no han querido?**) “racionar” los bienes que Natura da de sí para todos... ¿Qué cosa más racionista que la guerra, que purifica al mundo de excedentes indeseables y pone orden...? La pura, neutral razón —**¡oh paradoja!**—, señora que se creía, servidora ha sido de la superior fuerza de lo irracional desbocado por el desamor.

Nada grande —ni grandemente bueno, ni grandemente malo—, se hace sin **pasión**. Ni la razón es todo el hombre, ni aún es la razón la única luz cognoscitiva. También la pasión conoce: capta, **concibe**, nos hace descubrir nos—hace—llegar hasta, lo más profundo de la realidad. Junto a la utilitaria vía raciocinante, está la inmediatamente aprehensiva intelección sentiente, la cálida intuición sentimentante y la decisiva apuesta del yo volente, sede de la libertad. **Ibi incipit genus moris, ubi primum voluntas invenitur**. Esa es la fuente del “orden” humanizante: **ordo amoris**. Ese es el “orden” de quien “**sabe**” (saborea, siente, experimenta, vive) que tanto más soy yo mismo, cuanto más me trasciendo en donación; que tanto más me poseo y “ensimismo” y tanto más crezco, cuanto más lúcidamente me enajeno y me menguo... Quien pierde su vida, la encuentra.

Todos buscamos siempre la felicidad (principio último éste de interpretación de todo comportamiento). El error ha estado en esperarla como resultado “inevitable” del **Progreso** que infaliblemente garantizaba la Ciencia dejada a su propia presuntamente aséptica, neutral, dinámica interna. El error ha estado en **no “saber”** que la Ciencia puede ser o ... no **instrumento** del Amor, no saber que el Amor-Odio está por encima de la Ciencia, instrumento de vida o... de muerte.

Pero ¿de dónde viene la “salvación”, la **felicidad**, que no nos ha traído la **ilustrada** razón? Quien pone en Cristo la fuente de sentido y la fuerza salvadora, felicitante definitiva, confiesa, por eso mismo, que los mortíferos desvaríos de la razón expresan la radical debilidad en que la dejó el pecado y que, aún para llevar a cabo su tarea “natural”, necesita el reconstituyente de la luz de lo alto, de la fe, y la fuerza de la gracia. Esa luz y esa gracia operan también en la mente y en el corazón de miles de hombres y de mujeres que, empeñados en la defensa del débil (de cualquier clase de débil), colaboran, “sin saberlo” (?), en la construcción del reino de Dios, ese cuya Constitución es la Ley del Amor.

Este modo de entender las cosas es **coherente** con la antropología que, sin recurrir a dato de fe alguno, descubre, con sólo las luces **naturales** (aún debilitadas), que si somos, es porque no flotamos sobre la Nada, sino que estamos re-ligados a un Fundamento. El hecho de la insobornable apetencia de transcendencia, reavivado en la experiencia histórica del fracaso del proyecto totalizante de los racionalistas, y la expresión antropológica de esa realidad como religada y llamada a un más allá felicitante, todo eso se integra con plena coherencia en la visión de las cosas que alcanza quien se fía de Jesús como camino, verdad y vida.

Por eso el anuncio de esa buena nueva que es Jesús, rostro visible del Fundamento invisible, y “prueba” de que ese Fundamento es Amor, encuentra un aliado en el propio corazón doliente de cada hombre. Todo está en no “racionalizar”, “occidentalizar”, “acaparar”, “antitestimoniar” con una vida de fría racionalista bien parapetado en el confortable calorillo de mi buena vida, ese mensaje que no parece que pudiéramos anunciar sin hacer una Guerra del Golfo que encienda las calefacciones de nuestra consumista “Navidad” (En diciembre lo digo).

El fin de la **Ilustración**, en sus diversas vertientes, es la decepción ante la trágica experiencia de unos monstruosos sueños a los que se han sacrificado generaciones enteras, la experiencia de muerte a la que ha llevado la seducción del poder dominador de la razón-instrumento, justo porque se nos ocultaba su condición limitada de instrumento, hasta el punto de aceptarla como fuente última de sentido y de felicidad.

La respuesta a ese fracaso no puede estar en negar la validez del instrumento en cuanto tal, en abandonar sus logros específicos, renunciar a los bienes materiales que ha proporcionado, en desecharlo por peligroso, sino en usarlo como instrumento, al servicio de la sabiduría del amor. Si frente al fracaso de la razón en su pretensión de Diosa Razón nos situamos en el culto a la Diosa Anti-razón, en el “irracionalismo” del Sinsentido como única fuente de sentido posible para la desesperación, es que aún estamos anclados en el supuesto “racionista” de que la razón científica es la sede y fuente última de sentido, es que aún seguimos sin advertir la condición instrumental de la razón”

Pongamos la razón, lejos de todo “racionismo”, al servicio del reino del amor. Pero sería grave error, quizás más grave que el del racionalismo, el de quien pensara que es posible poner la razón al servicio de la Sabiduría con un uso meramente teórico (verbalista y expuesto a quedar en cínica y/o ilusoria autojustificación) de semejante instrumento; grave error el de quien olvidara que ha de ser también, y sobre todo, un uso práctico.. y doloroso. Nadie pretenda erigirse en profeta, si no está dispuesto a dejarse inmolar. **Sine sanguinis effusione non est redemptio. Ad lucem... per crucem.** El resto es retórica: bobalicona o cruelmente cínica según los casos. ¿Acaso no somos exquisitamente hábiles en invocar los derechos humanos justo para pisotearlos?

El nuevo Proyecto, que es el siempre nuevo Proyecto hasta la consumación de los tiempos, nos rebasa. Los cristianos hemos sido muchos, mucho tiempo, pulcros, incomprometidos, predicadores de la Verdad y el Amor. Hora es ya de que **REALICEMOS la verdad en el amor** (de que actuemos **veritatem FACIENTES in charitate...**).

Madrid, 16 de diciembre de 1991,



Teófilo González Vila. Del I.E.M.